

do la vida cristiana de su palabra, de sus ejemplos y de su gracia, haréis excelente apología, superior á las mejores conferencias. «El principal servicio que prestarse puede á los incrédulos, ha dicho el célebre publicista Luis Veuillot, es hacer que los cristianos sean cristianos.....»

CAPÍTULO VII

DON DE LA PALABRA

No basta para ser predicador adquirir ciencia sagrada, estudiar los modelos de elocuencia religiosa, saber cual es la materia obligada de la predicación, si á todo no se añade el don de la palabra.

Dice Fr. Luís de Granada que «hay predicadores milagrosamente inspirados y asistidos, y los hay naturalmente dispuestos para la elocuencia.»

Los Apóstoles, gente sencilla, sin letras, sin ciencias, y digamos sin valor, fueron súbita y prodigiosamente transformados. El divino Predicador habíales hablado; en discursos populares, en sencillas y tiernas parábolas, habíales propuesto los misterios del reino de Dios. Nada había omitido de cuanto deseaba creyesen, y con todo, aún no había caído el tupido velo que cubría la inteligencia de sus discípulos.

A la hora misma en que su palabra revestía, con la gravedad de las circunstancias y proximi-

dad de la muerte, mayor autoridad, llamábanse á engaño sobre su doctrina y designios. Consigo tenían la verdad, y no la veían; por eso Jesucristo exclama: «Me voy á mi Padre, y El os enviará otro Consolador, Espíritu de verdad, que os lo enseñará todo» (1).

Conforme á esta promesa, en el sagrado día de Pentecostés, ábrese el Cielo, desciende el Espíritu, y de repente—¡Oh prodigio!—las verdades pacientemente depositadas por Jesucristo en el espíritu de los Apóstoles, y hasta entonces no comprendidas, les aparecen en toda la magnificencia de su conjunto y claridad de su exposición, como en las profundidades de tenebroso valle, aparecen y se dibujan las bellezas de la naturaleza á los fulgores de un rayo luminoso que el sol envía desde la cumbre de las montañas. «Los Apóstoles reciben la plenitud del Espíritu Santo, y comienzan á hablar: *Repleti sunt Spiritu Sancto et coeperunt loqui*» (2).

Hablan, no sólo porque el Espíritu Santo los ilumina, sino también porque los esfuerza para hablar. Poco ha tímidos, pusilánimes, ingratos, callaban debiendo hablar: ni tenían una palabra para rechazar las injustas acusaciones de la Si-

(1) «*Mittet vobis alium Paraclitum, Spiritum veritatis, qui docebit vos omnem veritatem.*» (Joan. XVI, 13).

(2) Act., II, 4.

nagoga y protestar contra los insensatos clamores del pueblo, mas ahora hablan. Imposible contenerlos, tan vehemente es el ímpetu comunicado por el Espíritu Santo. Hablan frente al Calvario, humeando aún la Sangre de su Maestro, y no obstante el escándalo de su muerte ignominiosa. Hablan á los acusadores y á los verdugos de Aquel cuya gloria publican. En nombre de la ley, en nombre de Dios, se les prohíbe hablar; y hablan. Los azotan, los amenazan de muerte; y hablan lo mismo. Serán tratados como su Maestro; tanto mejor, su martirio será la última palabra de su elocuencia, y en cada gota de sangre podrá leerse el clamor de su valiente confesión: «*¡Deus, ecce Deus: Aquí está Dios!, y ese Dios es Cristo Salvador por vosotros condenado á muerte.*»

Hablan y, por redundante gracia, poseen el don de lenguas. Creen hablar el rudo dialecto de Galilea, y resulta que todos los entienden: Partos, Medos, Elamitas, habitantes de Judea, de Capadocia, de Ponto, y de Asia; Frigios, Pamfilijs, Egipcios, Libios y Romanos. Todos se admiran, y prorrumpen: «*¿Cómo será que á un tiempo los oímos hablar las lenguas de los respectivos países de nuestra naturaleza? Quomodo audivimus unusquisque linguam nostram in qua nati sumus?*» (1).

(1) Act., II, 8.

Hablan, y—¡colmo de la gracia!—confirman su enseñanza con el divino testimonio de obras portentosas. Su palabra, su oración, su contacto, su misma sombra multiplican los milagros: *Con-testante Deo, signis et portentis et variis virtutibus* (1).

Más de una vez se ha renovado en la Iglesia ese gran milagro de inspiración y asistencia, ya en los varones apostólicos que convirtieron las naciones bárbaras, ya en los legendarios oradores sagrados que en ciertas épocas han conmovido profundamente los pueblos cristianos y llevado el Evangelio á las extremidades del mundo. Antonio de Padua, Vicente Ferrer, Bernardino de Sena, Juan de Capistrano, Luís Beltrán, Francisco Javier y muchos más estaban divinamente inspirados y asistidos.

Confesamos que en algunos de ellos era la naturaleza más bien elevada que transformada por milagrosa intervención de Dios. Vemos este fenómeno sobrenatural en la predicación del Apóstol, cuya bella y rica naturaleza, ya perfeccionada por la educación, sirvió de instrumento á la gracia. Si á Dios placé trataros como á El é intervenir prodigiosamente en vuestro ministerio apostólico, bendito sea. Pero por mucha fe que

(1) Hebr., II, 4.

tengáis no contéis con extraordinaria inspiración y asistencia; sino procurad cultivar los dones naturales que habéis recibido del Cielo.

Sabida es la sentencia de Quintiliano: «El poeta nace y el orador se hace: *Nascuntur poëta, fiunt oratores*.—Esto no es del todo exacto: la elocuencia supone disposiciones nativas. Hay naturalezas lentas, frías, tímidas, irresolutas, reconcentradas, á quienes no podrá hacer elocuentes la cultura más perseverante y más intensa. Incapaces de afrontar un público, deben ceñirse á un ministerio discreto é íntimo, en que sin dificultad ni tormento hagan bien á las almas. Para hablar en público, requiérense dotes naturales de alma y cuerpo que el arte podrá perfeccionar, pero no producir.

En el libro segundo hablaremos de las cualidades corporales. Las dotes de espíritu son, enumeradas por el presbítero Bautain en su *Estudio sobre el arte de hablar en público*: «1.^a sensibilidad exquisita; 2.^a entendimiento penetrante; 3.^a rectitud de juicio, ó lo que vulgarmente se llama buen sentido; 4.^a imaginación pronta; 5.^a voluntad firme y decidida; 6.^a necesidad natural de expansión, ó de comunicar á los demás las propias ideas y sentimientos; 7.^a y última, cierto instinto que mueva al hombre á hablar como al

pájaro á cantar.» Añadid á estos requisitos naturales las cualidades adquiridas con el hábito de la reflexión, el cultivo de la memoria aplicada á retener ideas y palabras adecuadas para expresarlas, no menos que las reglas de lenguaje, el estudio serio y metódico de la ciencia sagrada, cuyas fuentes y dependencias quedan apuntadas en su lugar. Con estas condiciones, podréis hablar, y hablar con elocuencia.

Sobre el modo de hablar, ¿qué os diré?—¿Seréis tan osados que os arrojéis, sin más ni más, á las aventuras de la improvisación?—Tiene esta indudablemente sus ventajas; pero ofrece en cambio sus inconvenientes y peligros. Conviene sepáis por dónde se llega á ser improvisador disertado y elocuente.

Ante todo, huid de «esa lamentable facilidad, cien veces peor que la vacilación ó el silencio, que ahoga el pensamiento (si alguno hay) entre olas de palabras y facundia torrencial, que se lleva la buena tierra, dejando sólo arena y fragmentos de aluvión en su tránsito. Nunca seáis de esos eternos habladores, que á propósito y fuera de él nos inundan con la lluvia de sus discursos y con las turbias avenidas de su elocuencia. Las más de las veces, no hay un pensamien-

to sólido en esa charla, interminable serie de vulgaridades y lugares comunes» (1).

He conocido á uno de esos habladores del púlpito, que decía: «Yo siempre salgo de apuros. Alguna vez podrán faltarme ideas; palabras jamás.» Ideas faltábanle casi siempre, y su palabra dejaba harto que desear.

Orador que se respete á sí mismo (y un predicador tiene sobre todos los deberes el de respetarse, ya que anuncia la palabra de Dios) debe saber lo que va á decir y como lo ha de decir. Cualquier pasión, vivamente excitada, puede inspirar de improviso términos felices, sublimes arranques y verdaderos movimientos de elocuencia; mas tratándose de un discurso para pronunciar en público, ante auditorio previamente conocido y para fin determinado, por gran talento que se tenga, hay que prepararse.

Cincuenta años hará que asistí yo á una distribución de premios en un colegio particular. El acostumbrado discurso estaba á cargo del profesor de retórica, persona de reconocida competencia. Desgraciadamente, le entró á última hora tal afonía, que le incapacitó para desempeñar su cometido. En este aprieto, el auxiliar que, según reglamento, debía sustituirle, viéndose compro-

(1) Bautain, obra citada, III.

metido, y no queriendo arriesgarse, dirigió á la concurrencia cuatro palabras de excusa, que terminó con esta graciosa salida. «Siento deciros, señores, que no acierto á improvisar cuando no estoy preparado.» Celebróse esta confesión por una simpleza; y sin embargo, nuestro buen hombre estaba acorde con todos los maestros de la palabra.

Escribía Berryer á un amigo: «¿Sabes el secreto de los improvisadores? Que no improvisan del todo. Penetrados de un concepto y de un sentimiento de antemano meditado y formulado hasta la saciedad en su cerebro, dada ocasión, le exponen en voz alta é inteligible, prestando vida á sus expresiones la madurez de la reflexión, en que consiste todo su mérito. Tal es el secreto de esa gente. Por mi parte, y siendo del oficio, confieso que no podría decir lo que nunca hubiese pensado.»

Otro abogado, Julio Favre, decía: «Ningún discurso puede prescindir de preparación ó estudio, y fuera suma irreverencia á los oyentes, no menos que peligrosa temeridad; lanzarse á la ventura de la improvisación. Los grandes maestros han evitado religiosamente este defecto.»

El P. Lacordaire, tan ricamente dotado para la elocuencia, tenía horror á las invitaciones indiscretas que de repente le hacían. Visitando un

notable centro de educación, rogóle el director dedicase unas palabras á los jóvenes ya reunidos para saludarle y oírle. Fué su respuesta: «Señor director, de avisarme antes, hubiera pensado algo; pero tengo mucho respeto á la palabra pública para usarla sin preparación.» Muy bien.

En ocasión semejante decía un discípulo suyo con donaire. «Las palabritas que se sacan por sorpresa son la calamidad de los oradores.»

Quedemos, pues, en que la improvisación debe ir preparada. Esta preparación varía según los compromisos. Para una plática familiar, puede bastar una idea bien especificada y algunos apuntes que indiquen su desarrollo; pero siendo un discurso solemne y de altos vuelos, la preparación exige más tiempo y diligencia.

Conviene, antes de nada, precisar bien el asunto y fijar la idea culminante que se pretende explicar, el fin á que se aspira y el efecto que se desea. En torno de la idea principal se agrupan otras ideas, hechos, imágenes y cuadros que pueden contribuir á su desarrollo. Luego se escoge, se retiene, se elimina, se divide, se encadena, se coordina, y se forma un croquis metódico y bien nutrido que sirva de base á la reflexión.

Habéis trazado ese croquis, le tenéis delante: imprimidle en la memoria y medítadle con detenimiento y profundidad, desarrollando mental-

mente cada una de sus partes. Donde os sintáis más ilustrados y conmovidos, anotad vuestros pensamientos é impresiones. Oradores hay que escriben entonces los pasajes más importantes de sus discursos y los encajan en su plan; otros tienen el don de fijarlos en la memoria sin escribirlos; de uno ú otro modo, los tienen á mano en el momento oportuno, y es un descanso para la inteligencia en el trabajo de la improvisación, trabajo tanto más fácil cuanto más á la larga hubieris meditado «formulando hasta la saciedad en vuestro cerebro un pensamiento,» según el ya citado Berryer.

Así preparada la improvisación, ofrece reales ventajas. Libra al orador de las preocupaciones de la memoria que casi todo el tiempo acompañan á la recitación del discurso escrito, y fatalmente sujetan la pasión oratoria; deja á la espontaneidad libre acción, permitiéndole ensancharse según la impresión recibida de las circunstancias y actitud del auditorio; abre puerta á los movimientos repentinos y felices ocurrencias que nacen al calor del discurso; en resumen, hace la palabra más natural y más viva.

Pero al lado de estos beneficios, quiero poner los inconvenientes. La improvisación expone al orador á que al mejor tiempo se le seque la vena, comenzando á titubear, y dando en enojo-

sas repeticiones; á extraviarse en pos de una idea incidental y perderse en divagaciones y digresiones que le alejan de su asunto y desorientan al auditorio; á no hallar siempre las expresiones adecuadas que para expresar bien su pensamiento necesita y contentarse con bastante menos. A esto se juntan las locuciones viciosas, las frases mal sonantes y mal construídas, los frecuentes ultrajes á la gramática, particularmente á la sintaxis. Ya sé que los decididos partidarios de la improvisación tratarán de insinuaros que las vacilaciones y repeticiones son habilidades oratorias; las divagaciones, originalidades; las faltas de lenguaje, quilates de belleza. No les hagáis caso; seguid más bien el consejo de los sensatos, que os enseñarán el modo de asegurar las ventajas y evitar los inconvenientes de la improvisación.

Os dirán estos que para aprender á hablar bien, hay que escribir mucho.—La lectura mueve las ideas ante vuestros ojos, la escritura las graba en vuestra inteligencia. La lectura os muestra como expresan los demás sus conceptos y sentimientos; la escritura os enseña á expresarlos vosotros mismos. «Leer sin escribir, es soñar, decía el papa San Dámaso: *Lectio sine stylo somnium est.*» Y San Agustín: «Muchas cosas que no sabía, las he aprendido escribiendo: *Ego*

autem multa nesciebam scribendo, didicisse me profiteor» (1).

Declaraba este gran Doctor al pueblo que «sus discursos le habían costado mucho trabajo. Ojalá que ese trabajo sea fructuoso, y mi alma bendecirá al Señor: *Magno labore quesita et inventa sunt; sit labor noster fructuosus, et benedict anima nostra Dominum» (2).*

Con razón llama Bautain á la pluma «escalpelo disecador de las ideas. Sólo cuando se escribe lo que interiormente se ve, puede distinguirse á punto fijo cuanto hay en un concepto, y nos hacemos evidente su objetividad. Entonces nos comprendemos á nosotros mismos, y nos damos á comprender á los demás» (3).

No sólo nos hace ver la escritura el fondo de nuestro pensamiento, é ilumina nuestra inteligencia; «es también hilera y laminador que extiende admirablemente las ideas y explota su ductilidad» (4). Da á la palabra más limpieza, fijeza y esplendor. El improvisador, como antes os decía, tiene que contentarse con menos; el escritor busca y halla expresiones adecuadas que reflejan al vivo el pensamiento.

(1) De Trinit., Prolog.

(2) In Ps. CIII, IV, ad finem.

(3) *Etude sur l'art de parler en public*, III, 53.

(4) *Ibid.*, XIII.

Creedme, el hábito de escribir sobre toda clase de materias, aún cuando no os precise hablar, hará que la palabra correcta, castigada, elegante, oratoria, os sea como natural, y llegado el momento de expresaros en público, hablaréis perfectamente según el arte, sin preocupación y sin esfuerzo. Palabras, imágenes, construcción de frases, disposición de períodos, encadenamiento de ideas, serán otros tantos modelos impresos en vuestra memoria y dispuestos para servirlos en el trabajo de la improvisación.

Escribiendo mucho, se acopia también para lo sucesivo. «Es sobremanera útil, dice el Padre Longhaye, poseer bien redactados, si no discursos enteros, fragmentos siquiera de alguna extensión sobre los temas más usuales, que podrían llamarse principales tópicos de la oratoria sagrada. Vaya el sacerdote paulatinamente consignando algo acerca de los puntos esenciales de la religión, misterios y sacramentos, verdades terribles ó consoladoras, pecados capitales ó virtudes cristianas; posea sobre todo ello, no simples notas, sino acabados desarrollos, paráfrasis de la Escritura más que puro bosquejo, partes de exposición doctrinal, redactadas con precisión: y le tenéis rico de excelentes materiales que fácilmente trasladará de uno á otro discurso; sólida base donde apoyar la improvisación, puntos de mira que no

le dejarán perderse. Por ende el predicador, como el docto escriba del reino de los Cielos, se parecerá al padre de familia que de su tesoro extrae lo antiguo y lo nuevo juntamente» (1).

Cuando hayáis escrito mucho sobre multitud de asuntos, podréis improvisar; pero teniendo en cuenta que son raras las cualidades del improvisador perfecto. Por lo mismo, os aconsejo que, al principio de vuestra carrera, escribáis todos vuestros discursos, máxime aquellos que piden cierta extensión como sermones y homilias. Los panegíricos, oraciones fúnebres y alocuciones de circunstancia siempre deben escribirse; porque hemos de guardar en esta clase de discursos delicadas atenciones, que no se podrían omitir sin graves inconvenientes. En otro tiempo se usaba no ya escribirlos, sino leerlos; y distinguidos oradores han conservado esa costumbre. Lejos de censurarlos, creo mejor esto que fiarse de la memoria sin plena seguridad.

¿Cómo servirse de la memoria para aprender el discurso escrito, antes de pronunciarlo en público?—Natal Alejandro da á propósito un buen consejo: «Estúdiense el discurso de suerte que nadie se aperciba del trabajo de la memoria; ni el

(1) *La Predicación*, epílogo.

orador se ligue á las palabras hasta el punto de no poder sustituir las que le faltaren con expresiones debidamente apropiadas á lo que ha pensado, trabajado y exornado (1).

Hay oradores cuya feliz memoria fielmente registra y consigna cuanto la mano acaba de escribir. Su discurso viene á ser un libro interior que leen con toda facilidad y tan perfectamente, que parece obra del momento. Os deseo les igualeis; pero si carecéis de ese don, no os consumáis en penosos y vanos esfuerzos por retener la letra de vuestros discursos. En la soledad, os creeréis seguros de vosotros mismos, ante el público, cualquier accidente bastará para dejaros en descubierto: una frase, una palabra que se os olvide, os pondrá en apuro, y podría desconcertar completamente vuestra palabra.

Luego en vez de aprender servilmente, hacedos de tal modo dueños de vuestras ideas é imágenes, de vuestros cuadros, de su orden y trabazón, que nada pueda turbaros, ni romperos el hilo del discurso. La mejor condición oratoria pareceme ser la del predicador que posee el discurso escrito,

(1) «*Memoria cuncta ista mandare studeat concionator, ut fugiat tamen memoria ostentationem: nec verbis ita ileam adstringat, ut nisi occurrerint alia, sufficere non possit ad res ipsas congrue proprieque exprimendas quas excogitavit, digessit, exornavit.*» (Instituto Concionatorum, IV. n.º 25.)

como si espontáneamente brotara de su alma en el acto de hablar. Sin esclavizarse á las palabras, dueño absoluto de la idea, puede sin vacilación suplir los términos que no recuerda, evocar con habilidad una prueba olvidada, obedecer á las repentinas inspiraciones que le sobrevienen, y darse en grande á las impresiones suscitadas en su alma al calor de la palabra y aspecto del auditorio.

Repondrán los menospreciadores del discurso escrito que sólo la improvisación forma legítimos oradores. Desechad ese juicio superficial. De ordinario no le oiréis á personas laboriosas y solícitas por la perfección de la palabra pública, sino á los enemigos de molestarse, que cuentan con cierta facilidad de palabra y se figuran que hacen maravillas, llenando una hora de charla inagotable: improvisadores adocenados, en quienes veréis alguna que otra vez rasgos felices, pero poco fondo y aún menos corrección en la forma, siendo difícil, por no decir imposible, analizar sus discursos.

Un hombre de viva imaginación y alma apasionada puede, en el retiro del gabinete, representarse al vivo su futuro auditorio: le ve, le habla mientras escribe, conversa con él, adivina sus impresiones, y de ellos se vale para animar su discurso. He conocido predicadores que se excitaban hasta llorar, en esa conversación misteriosa con

el auditorio previamente evocado por su ardiente alma. ¿Y habremos de decir, que no eran verdaderos oradores?

Escribid; amados míos, escribid, que fruto serán de vuestra labor la claridad, precisión, ilación de ideas, corrección y elegancia de lenguaje; y tendréis luego en reserva provisión de trabajos concienzudos que podréis perfeccionar, á medida que se desarrollen vuestras facultades, sazonadas por la edad y reguladas por la experiencia. El improvisador, si no cuida de redactar y corregir pronto los discursos en que su inspiración ha vertido raudales de elocuencia, no tardará en hallarse con planes áridos, que no siempre acertará á reanimar. Sus afortunadas ocurrencias y grandiosos períodos son bienes perdidos; y en saldo le quedan imperfecciones y defectos. Muy al contrario, un escritor se halla siempre en su obra, sin más trabajo que el de mejorarse y perfeccionarse.

Largamente versados en la palabra escrita, tiempo vendrá de poder entregaros sin dificultad á la improvisación. De las exhortaciones y pláticas familiares pasaréis ganosos á discursos mayores, para los cuales os bastarán planes bien hechos y ordenados, que vuestra ejercitada memoria sabrá hermosamente vestir.

En conclusión: No contando, en el ministe-

rio de la palabra, con las extraordinarias inspiraciones y asistencia que Dios dispensa á sus grandes apóstoles, os incumbe cultivar los dones naturales que de El habéis recibido para hablar: cultura muy descuidada en los seminarios y colegios de regulares. Se estudia la ciencia sagrada, pero poco se piensa en adquirir y perfeccionar el modo de comunicarla. De desear fuera que, en la vida escolar de seminaristas y jóvenes religiosos, entrasen por más los ejercicios de oratoria, y bajo la dirección de maestro hábil y experimentado, declamasen pláticas, alocuciones y piezas mayores, severamente criticadas.

Ellos mismos entre sí deberían adiestrarse, aunque sólo fuera en sus conversaciones, á las veces tan triviales, vacías é inútiles, cuando no perjudiciales á la dignidad y santidad de su estado. Si tuviesen la buena idea de introducir con oportunidad cuestiones serias é interesantes, ¿qué luz no irradiarían sus amistosas discusiones, y cómo aprenderían á hablar! La conversación bien dirigida y sostenida podría ser el mejor ejercicio oratorio. La naturaleza está menos coartada, hay más estímulo para explicar cada cual su pensamiento, y la inteligencia trabaja con ardor por sobreponer sus convicciones. Verdadero aprendizaje de improvisación, cuyo éxito aseguran los que, en el silencio del estudio, se acostumbran

á dar á las ideas la claridad, exactitud y relieve que su perfecta exposición reclama.

Acabemos por estas palabras de San Agustín que dirijo á maestros y discípulos: «Pudiendo el talento de la palabra emplearse igualmente en uno ú otro sentido, y sirviendo en gran manera para persuadir así lo bueno como lo malo, ¿por qué los partidarios del bien no han de procurar su adquisición en defensa de la verdad, ya que los malos osadamente le usurpan y hacen servir á los intereses del error y de la mentira?» (1).

(1) *De Doctrina Christiana*, II.